

**A
T
A
H
U
A
L
P
A**

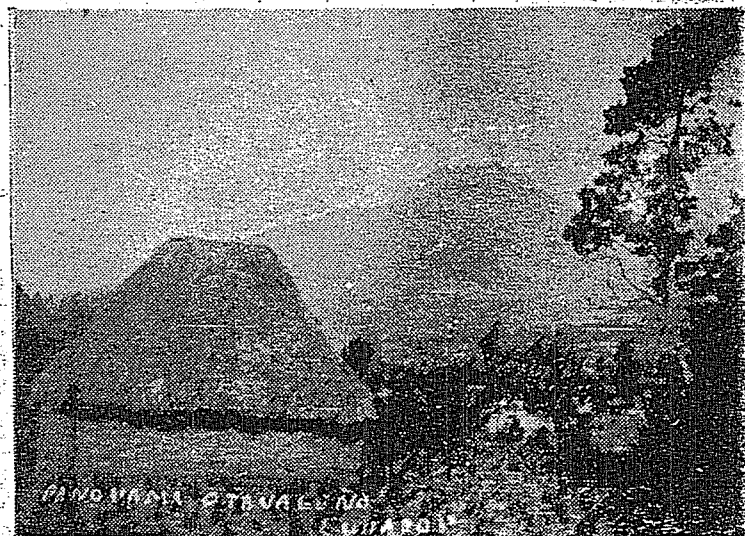
Año I

Núm. 2

Quito, Noviembre de 1944



**BOLETIN DEL
INSTITUTO INDIGENISTA
DEL ECUADOR**



ESTATUTOS DEL INSTITUTO INDIGENISTA DEL ECUADOR

Art. 1º—Organízase el Instituto Indigenista del Ecuador, de conformidad con lo dispuesto en los Arts. I y X del Convenio Internacional celebrado en México el 1º de noviembre de 1940 y ratificado por el Ecuador el 29 de noviembre de 1941, por el que se crea el Instituto Indigenista Interamericano.

El Instituto Indigenista del Ecuador tiene por objeto primordial estudiar el problema indígena en todos sus aspectos, para procurar el mejoramiento de las condiciones de vida del indio ecuatoriano, como problema propio del país, y en general colaborar en el mejoramiento del indio en todo el continente americano.

El Instituto se establece como entidad técnica y científica al servicio de la causa indígena nacional y sus actividades tenderán al mejor cumplimiento de sus fines, sea que los cumpla por sí mismo, sea que para realizarlos deba solicitar la acción del Estado, las Municipalidades o cualesquiera otras organizaciones públicas o privadas.

La sede del Instituto Indigenista del Ecuador será la capital de la República.

En los términos del Art. X del Convenio antes citado, el Instituto del Ecuador será filial del Instituto Indigenista Interamericano.

ATAHUALPA

DIRECTORES:
Pío Jaramillo Alvarado
V. Gabriel Garcés

Boletín del Instituto Indigenista del Ecuador

QUITO, Octubre de 1944.

Publicación Mensual

Año I - No. 2

EDITORIAL

TRABAJADORES DEL CAMPO

Es cosa que debe preocuparnos a todos saber qué le pasará al país en el instante en que los campesinos, no por motivos huelguísticos sino por otros de índole distinta que incluso pudieran ser los de renuncia a su condición de asalariados, se negaran a trabajar en las propiedades agrícolas del Ecuador. Qué podría acontecer con la producción agrícola cuando el indio quisiera dejar de serlo hasta en eso, es decir en la perpetuidad de su misión de jornalero, o cuando el montuvio se emancipara de su habitual modo de contratarse para las faenas del campo!

Desde hace algún tiempo se observa que el jornalero campesino ya no quiere continuar en la forma que estuvo desde siempre. Su posición se ha tornado distinta y prefiere buscar las obras públicas urbanas, los trabajos ajenos a lo agrario y abandonó, como es lógico, su medio ambiente conocido. Hoy mismo, según se indicaba en la prensa, los agricultores, vale decir los dueños de hacienda, se hallan armados porque los peones se niegan a trabajar. ¿Qué ocurre, entonces? Descartamos el aspecto de la huelga, del levantamiento, de la rebelión de los indígenas. En realidad la huelga o el espíritu levantisco, como ya se ha observado, es cosa peligrosa al tratarse de los indios. Hay que impedir esas maniobras en el sentido de que no se las opere entre los indios, puesto que se hace grave daño a ellos y a todos los demás. Descartamos todo esto, pero avanzamos a otras consideraciones. Y son éstas: ¿Nunca podremos pensar en que el indio o el montuvio dejen de ser los únicos trabajadores del campo? ¿Jamás el trabajador de la tierra, el peón de las haciendas puede dejar de serlo sin ascender en jerarquías humanas, y deberá necesariamente, porque no hay quién lo reemplace, condenarse a que se esté de bracero y jornalero de las propiedades en el Ecuador?

El problema es muy serio en verdad. Se trata del porvenir de la agricultura y de todo trabajo en el medio campesino del país.

Si creemos que las peonadas no deben jamás dejar de ser peonadas y que cuando piensen cambiar de suerte hay que arraigárselas a la tierra, con la misma posición del siervo del feudalismo, aquello parece muy grave ciertamente. Lo que interesa es que el trabajo en el agro se lo estime como apto para cualquiera clase de personas; lo indispensable es que el agricultor, de veras agricultor, lo sea sin consideración a la raza o a la condición cultural de las gentes; lo natural es que la faena agraria pueda ser para todos, y no únicamente para el indio o el montuvio. Este parece ser el problema para el futuro nacional en cuanto se relaciona con las actividades del trabajo en el campo.

No podemos imaginar lo que se aconsejaría como solución para la crisis actual de trabajadores de la tierra. ¿Cabría admitirse, por ejemplo, como remedio, el que se señalara gravísimas penas para los peones que sin perjudicar en las deudas que tuviesen con sus patronos y haciendo uso de la libertad que hay para contratarse o no, dijese que no quieren trabajar más? ¿Sería aceptable que al indio o al cholo o al montuvio se les obligase a no salir de las haciendas, o no abandonar sus huasipungos, o no correrse de su medio, porque los dueños de hacienda no tienen con quiénes trabajar? ¿Se ha averiguado cuál es la razón para las crisis actuales? ¿Acaso no será asunto de salarios más bajos respecto de otros que son estímulo para los trabajadores sencillamente para ganar más, fuera de las labores del campo?

En todo caso, el problema es complejísimo y no se resuelve con medidas legales o remedios simples de fuerza o de atemorización. El trabajo agrícola tiene que ser, en el mañana, trabajo para todos, para cuantos deseen trabajar, y no únicamente para determinadas zonas humanas a las que se cree que han nacido y viven para morir de peones! Eso es todo.

SOCIOLOGIA INDIGENISTA

UN ENSAYO SOBRE LA POSICION SOCIAL

Desde el punto de vista sociológico, cada individuo puede ser contemplado, en el sitio que ocupa dentro de la vida social, de diverso modo al que se podría contemplarlo, considerándolo bajo otros aspectos.

Es evidente que todos tenemos un sitio personal, individual e intransferible, en la sociedad de la que formamos parte. Este sitio es la resultante de complejos fenómenos de carácter social y de un proceso en que entran en juego factores exclusivamente individuales.

Este hecho concreto e inevitable del puesto que cada individuo tiene en su sociedad es independiente de aquella otra circunstancia de hallarse la sociedad estructurada en clases sociales, por mucho que exista una estrecha relación entre lo primero y lo segundo.

Ante todo, surge como hecho irrefutable la división de la sociedad en clases. No vamos por el momento a detenernos en analizar el proceso determinativo de esta clasificación de los individuos, familias, etc., en grupos de tipo diferenciado, separados entre sí por verdaderas barreras infranqueables; puesto que ya sabemos que esta realidad social responde a factores materialistas inherentes al sistema económico de producción predominante.

La clase social existe, con existencia objetiva y demasiado tangible para que pueda ser negada. Está constituida, en esencia, no sólo por el conjunto de individuos que la forman, sino por todo un cuadro, esquema o equipo de ideas, aspiraciones, sentimientos, propios de su esfera y sólo de ella. Sus límites, en este sentido, son indiscutibles y es inútil pretender borrarlos u oscurecerlos.

Por otra parte la clase social se hace también palpable y real por medio de expresiones más concretas, tales como costumbres, vestidos, alimentación, vivienda, etc., siendo este el aspecto más aparente, pero no el más decisivo de la diferenciación clasista. Esto es tan cierto que con frecuencia se observa el caso de individuos y aún familias enteras que, procediendo de determinada clase y habiendo logrado penetrar en otra distinta a la suya de origen —siendo generalmente la segunda contrapuesta a la primera— adoptan con relativa facilidad lo que podríamos llamar la parte externa de la clase social, permaneciendo, a veces definiti-

vamente inaccesible, la estructura interna y espiritual de la misma.

Este es precisamente el caso de los parvenús, los recién llegados, que no logran borrar el carácter impreso en su más hondo estrato psicológico por la configuración íntima de su clase original.

Pero este fenómeno puede ser observado no sólo en una escala que denominaríamos ascendente, sino también en una escala descendente, si bien en este caso tiene sentido inverso. El proceso de adaptación a la nueva clase tiene que comenzar forzosamente por dentro, y debe ir de dentro a afuera; y cuando ya el individuo o la familia llega a adoptar el estilo configurativo de la clase es porque ya antes ha asimilado el esquema interno de dicha clase. Este es el caso, justamente, de los declasés, aquellos que sea por incapacidad o por voluntario desprendimiento, dejan de pertenecer a su clase, para ingresar en otra antagónica a la misma.

Podemos, por consiguiente, establecer las siguientes proposiciones de carácter general:

a) El proceso de adaptación de un individuo o grupo de individuos, dentro de una nueva clase, se cumple de dos modos: o de dentro a afuera, cuando se realiza en sentido y escala descendentes; o de fuera a adentro, cuando se verifica en escala y sentido ascendentes.

b) Es más factible perder la configuración propia de la clase original que adquirir los caracteres íntimos de la nueva clase, por mucho que entre las dos clases la diferencia sea mínima.

c) El tránsito de una clase a otra se hace siempre de una manera gradual, sin que quepan los saltos bruscos ni violentos, ni la omisión de las clases intermedias.

d) La clase imprime en el individuo un carácter específico, que sólo puede ser transformado por el concurso de factores sociales e individuales, externos e internos. Si un individuo no quiere perder su clase, en el más hondo sentido, no la pierde de modo radical y definitivo.

□

Continuando con la serie de ideas que sobreviene al analizar este tópico, es también interesante observar si las clases sociales, como formas sociológicas que son, pueden ser interpretadas con un criterio valorativo. En otras palabras, si puede establecerse una

(Pasa a la pág. 10)

Información Indigenista Nacional

EL INDIO, HABITANTE DE LOS ANDES ECUATORIANOS

Existen hechos que, por ser comunes, no han merecido el honor de ser considerados en todo su significado. Uno de ellos es el referente a la capacidad del indio ecuatoriano para habitar sitios elevados de nuestros Andes.

Cuentan los cronistas antiguos que nuestros indios gustaban, preferentemente, de habitar las alturas, como una demostración de superioridad, de elevación sobre aquellas tribus que, por haber llegado tarde al territorio ecuatoriano, sembraron sus plantas en terrenos bajos o llanos.

Habitantes de las alturas fueron en su mayoría. Las eligieron de atalayas para observar el movimiento de sus enemigos; las escogieron para, desde aquellos terrenos, llenar los aires con sus gritos desafiantes, para asustar a sus enemigos por el número que en ellas habitaban; las escogieron para recibir el primer beso del Sol, su divinidad, desde el amanecer; y para recibir el último, al llegar la noche. Y no es difícil suponer que las alturas fueron de su predilección, en previsión de inundaciones y crecientes de ríos desbordados o de erupciones volcánicas.

Esta costumbre es tanto más significativa cuanto más consideramos las dificultades

con que tropezaban, como habitantes de las alturas: conducir, en vasijas y diariamente, el agua para usos domésticos; trepar las cuevas con la leña, la cosecha sobre las espaldas; resistir los rigores de la intemperie hostil, con sus vientos impetuosos, su frío penetrante, sus lluvias torrenciales, la humedad constante, amparados únicamente por vestidos, en todo sentido, contraproducentes.

El esfuerzo constante del soma para adaptarse a un ambiente físico de tales condiciones, parece que sedimentó, a la postre, sus condiciones genéticas en alguno de los genes de los 48 cromosomas. Así se explica cómo, los hijos de los Andes, obligados a los trabajos de mitas en los ardientes valles, perecieron en gran número; razón por la cual a los españoles les fué indispensable la introducción del negro esclavo.

Los siglos, y con ellos la civilización, no han podido anular las capacidades de nuestros indios para ser los mismos señores de los aires fríos e inmensos, de las eternas soledades, del mutismo introspectivo, de la libertad, en cuyos linderos apenas se atreven los más audaces animales a tocar aquellos sitios.

Ellos constituyen orgullo nacional allá, en donde es posible la vida gracias a especialísimas cualidades que nadie les puede arrebatarse ni desafiar.

Sus hogares pajizos los encontramos, siempre humeantes y hospitalarios, en los siguientes lugares ecuatorianos, de excepcional altitud:

* Lugares	Referencia Geográfica	Altitud	Temp. Calculada	Presión
Chozas de Pailacocha	Chimborazo	4.266 mts.	4,2	460,3
Idagua	Cord. La Cuchilla	4.089	5,1	472,4
Tambo Poguio	Chimborazo	4.087	5,1	473,3
Hato del Antisana	Antisana	4.075	5,2	472,0
Boyoguasi	Cord. Josefo	4.041	5,4	474,2
Pendiente occidental	Sagoatoa	4.035	5,4	474,3
Achandig	Cord. Zumbagua	4.000	5,6	477,0
Pururum	Alturas Pintag	4.000	5,6	477,0
Chuquirá	Alturas Pintag	3.991	5,7	479,1
Tambo Totorillas	Chimborazo	3.979	5,8	479,4
Ventanarrumi	Cord. Josefo	3.970	5,8	481,4
Pucacocha	Cord. La Cuchilla	3.910	6,1	483,6
Pondoa	Faldas del Tungurahua	3.900	6,2	483,7
Verdecocha	Ruco Pichincha	3.862	6,2	487,3
Yanaurco-Taurucupa	Guagua Pichincha	3.821	6,6	488,0
Tondebalín	Cord. Milín	3.820	6,6	488,0
Laderas occidentales	Quilotoa	3.805	6,8	489,1

Habitaciones inferiores a las alturas anotadas encontramos en número cada vez mayor. Imaginemos un medio geográfico hacia esas alturas: cuando no lo invaden las brumas, son las nubes las que oscurecen el cielo, tornándolo siempre gris, sombrío y soberanamente melancólico; el silbido incesante del viento, secundado por la agitación de los pajonales, estimula una tensión nerviosa de defensa con mayor esfuerzo muscular. Si cada vez más grávidas se acumulan las nubes, se anuncia la tormenta, durante la cual, el caminante no dispone de ninguna guarida; con frecuencia, en tales casos, estallan truenos que asustan, que anonadan. La vegetación es pobre, raquítica, pintada de un color amarillento verdoso, representada por los pajonales, las gramas, el sumfo, el allpacheche, el mortño. Fauna pobre la de aquellas regiones, apenas ofrece mariposas de un tinte amarillento-verdoso, perdices, curiquingues que evolucionan en las alturas y cóndores de vuelo majestuoso; unos pocos ejemplares de conejos silvestres saltan menudamente entre los pajonales.

El agua hay que buscarla a distancias, chorreante, fría, pero cristalina.

En un medio de tales características, el indio cuenta con sus costumbres de lucha. Su habitación es baja; con puerta orientada en sentido del viento; sus paredes son levantadas con chambas, generalmente, en una excavación de unos dos metros; la puerta es forrada con piel de buey o es formada con groseros palos; la cubierta es hecha con el material del medio, está a la mano, no le cuesta un centavo, renovable cuando las conveniencias del habitante lo requieren: es la paja.

Su hogar nunca ha de estar desamparado por el perro, fiel guardián y compañero. De seguro que en el interior de la habitación se crían cuyes y en los contornos, algún chanco, alguna oveja o un buey.

Por qué vive en esos apartados rincones de las montañas? No es porque sus propiedades agrarias las tiene ahí, tampoco porque ha huído de la sociedad y de la justicia, por algún crimen descubierto, por alguna deuda que no puede cubrirla o por alguna decepción amorosa. Vive ahí para ganar el pan con el sudor de su frente, para cumplir con esa maldición que es verdadera para los desheredados de la fortuna. Habita el páramo para cuidar las sementeras de su patrón o los ganados que pastorean entre los pajonales. Desde su habitación, dispone sus actividades bajo los dictados de su conciencia, de su condición de hombre humilde. El es quien abre los senderos de nuestros Andes en pos de agua para su sed o para su ali-

mentación; él es quien trajina ardoroso y tenaz en persecución del toro desaparecido; él es quien guía a los mayordomos de la hacienda en el rodeo de los ganados; él es quien satisface, con su fatiga, el despiadado deseo del patrón por distraerse en una jornada de cacería; él, y sólo él, es el señor de los aires, el señor de los Andes enhiestos, el señor de los inmensos pajonales.

¿Cómo se alimenta?... Mediante su trabajo, en el terreno entregado por el patrón, emprende sus labores agrícolas; siembra y cosecha un poco de cebada, que es el cereal más resistente para el clima de esas alturas. Las patatas, el maíz ha de conseguirlos con su dinero o contrayendo una deuda con su patrón; para los aditamentos de cocina, su bajo jornal no le permite adquirirlos con suficiencia; no saborea la manteca ni la cebolla; conoce del sabor que la libra de sal ha conseguido para la semana o del pedazo de raspadura; ingiere la carne de una res o de una oveja muerta con alguna enfermedad y a un precio impuesto por el patrón; en tal situación, busca los caracoles, los cusos o larvas de los escarabajos, alguna perdiz, algún conejo silvestre.

La calefacción la asegura con la paja, con la boñiga, con la madera de arbustos espinosos. Por tradición muy acertada, conserva la candela en un horamen del fogón. Su vajilla es de barro y de cáscara de calabazas; platos, maltas y pundos de barro; cuchara de madera; una piedra para moler granos y otra para el ají. No usa el jabón; para el aseo de ropa busca las raíces de una penca particular llamada chaguarzapi.

Sus vestidos son pocos e inadecuados: una camisa de rudo lienzo sobre la piel; unos calzoncillos del mismo material; un zamarro de piel de oveja que ciñe las piernas; uno o dos ponchos cortos, ceñidos en la cintura; un sombrero de lana. Algunos llevan bufanda al cuello.

Pero si el padre indio se viste con tales prendas; la madre conserva una manta obscura en derredor de la cintura, bajo la cual lleva una camisa de burdo lienzo; una tupullina sobre las espaldas y un rebozo que cubre desde la cabeza hasta la mitad de la espalda. Las indias de Colta se envuelven con mantas negras de lana desde el cuello hasta las pantorrillas. El niño indio es quien lleva la peor parte en sus vestidos: una camisa de lienzo sobre su cuerpo y unos envoltorios de trapos de lana, restos de algún viejo vestido de su madre. Cuando puede andar, sobre la camisa lleva un anaco. Entre los cuatro años, es un camión largo lo único

(Pasa a la pág. 9)

ESTUDIOS INDIGENISTAS

FILOSOFIA DE LA CHOZA

He intentado varias veces hacer lo que llamaría la filosofía de la choza, o sea, la explicación de su esencia y substancia en cuanto se identifica con el ser que la habita. He querido escribir esta filosofía de la humilde morada del indio para encontrar alguna manera de entender la totalidad de su vida valorándola a través de la casa y del hogar indígena. Es claro que nunca lo hice!...

Pero qué es una choza? La pregunta parece por demás para cualquiera que en este país ha visto —y la ha visto necesariamen-

te— su familia. La choza no es construcción definitiva en cuanto se la edifique con un afán perdurable: es solamente algo que se hace con la intención manifiesta o presunta de deshacerla cualquier momento. La choza no tiene trascendencia en sí misma: la tiene apenas como eventual seguridad para cubrir al indio y sus pertenencias muebles, para cobijo y abrigo en sus horas de descanso, para guardarse o resguardarse de la intemperie plena. La choza no lleva habitantes o dueños: choza es cosa infeliz, asunto baladí, cuestión transeúnte en el desfile de problemas del indio. Choza quiere decir miseria, claro está, en relación con la calidad



La choza del indio de las serranías ecuatorianas. Al fondo, el Imbabura, montaña de viejas tradiciones indígenas.

te— una humilde armazón de palos sobre un solar estrecho, unas paredes simples, bahareques débiles formados de barro, techo pajizo casi siempre, una puerta de madera rústica, el interior húmedo y oscuro que forma una sola habitación, allí una tarima, al lado las piedras en donde asienta sus ollas sobre el fogón la india, animales domésticos que se cruzan por entre las manos de los niños indígenas que se arrastran por la tierra. La choza es un conjunto de menesteres para el sustento y trabajo del indio, cobijados precariamente por un techo de paja y resguardados por paredes sencillas. La choza, me parece, es resguardo, refugio para los objetos del indio y además para él mis-

económica del sujeto humano que la usa; pero quiere decir también incapacidad de goce, dificultad de consubstanciarse el hombre con el lugar en que realiza su vivir físico, desapego a lo que no es hogar suyo, absolutamente suyo, sino apenas la realidad de unas horas oscuras, puesto que solamente la noche es para el indio exigencia de estar adentro, encajado, metido en la casa, en la choza que fabricó en unas horas de empeño y de requerimiento! Es menester entender lo que significa para el hombre y la extensión del hombre, la familia, ser un ser de eterna ausencia del hogar, del hogar doméstico, porque de las veinticuatro horas apenas si está en él las horas justas en que



Choza de los jibaros orientales ecuatorianos

el sueño repara las energías desgastadas en la jornada de labor. Basta es anotar cómo la choza generalmente queda vacía de humanos seres durante el lapso de sol a sol, todos los días. Nadie queda en la casa, pues ni el perro, compañero fiel del indio, permanece allí. El indio sale al trabajo y han de salir todos, mujer e hijos de cualquiera edad. La casa, pues, en la soledad de la parcela o del huasipungo, es apenas símbolo de un dominio que no es cierto, signo de una pertenencia humana castigada por la suerte...

Yo me he percatado que la choza tiene un poder de revelación efectiva de la pesadumbre indígena. Demuestra exactamente la posición de aquel hombre enamorado de la tierra y que en la choza manifiesta su nostalgia perenne. Desde aquel hecho tan expresivo que consiste en la choza que llamaría portátil, desarmable a poco que se quiere, aquella pequeñísima choza que apenas deja espacio para dormir un hombre, esa que se la planta en cualquier sitio donde haya ganado que cuidar o sembríos que vigilar todas las noches; desde aquella choza tan precaria y difícilmente aceptable como casa de habitación humana, demuestra realmente cómo es de eventualísima la querencia del hombre a su refugio, que no lo estima ni puede estimarlo como el dulce hogar a que nos acostumbró la cultura a los demás seres! Esa choza diminuta revela que no hay hogar propiamente, sino un arreglo efímero para pasar la obscuridad bajo un abrigo. Pero revela también que la morada del indio se subordina fatalmente a las condiciones especiales de su existencia como hombre, con sus derechos, con sus prerrogativas

substanciales. De la choza para el cuidado de las pertenencias ajenas, a la choza que se construye en el huasipungo o la tierra ofrecida en préstamo a cambio de la estabilidad en la hacienda, hay una distancia evidente que es preciso anotarla. La choza se hace con cierta mejor estructura, por lo menos para hacerla más durable. La choza en tierra ajena, aunque cedida por un tiempo sin mayores delimitaciones, aparece como el signo del arraigo del individuo hacia el dominio patronal a que se halla entregado. Hay muestras de permanencia fijadas en la casa. La choza que no se cimenta jamás, que no tiene en verdad cimientos, quiere significar que no los necesita, que no hacen falta, que no tienen sustentación propia en la tierra. Cimiento quiere decir hondura que da solidez; quiere decir penetración en tierra para la obra permanente. Cimentar es tanto como apoyar sólidamente, para siempre, una cosa o, si se quiere, una casa. La choza no tiene cimientos nunca o tiene apenas en los pivotes de madera que sostienen la construcción ligera. No obstante, la choza del indio que se asienta un poco más definitivamente en un lugar, aparece con caracteres de estabilidad, aunque es desarticulable fácilmente. Demuestra, pues, un cambio: el del hombre errabundo por el de un ser que se fija algo más, que se establece, que se queda en un sitio para hacer su vida.

La choza denota, pues, en todo caso, precariedad existencial. Es cosa que puede o no quedar, según quede o no quien ha de habitarla. Más que habitarla hay que decir ocuparla, puesto que habitar significa permanencia, hábito de permanecer en un lu-

(Pasa a la pág 14)

ARTE INDIGENISTA

EL ARTE DE

CARLOS RODRIGUEZ

Si el arte fuese sólo para la comprensión y solaz de los artistas, no tendría razón de existir. El arte es la vida en sus manifestaciones múltiples: literaria, pictórica, musical, etcétera. Por eso el arte trasciende en su aspecto emocional; se eterniza en las concepciones que han sido forjadas en el troquel de la realidad; y por eso también el contenido social del arte prevalece sobre el convencionalismo romántico y el modernismo exagerado, impreciso, sin embargo de su pensamiento revolucionario esencial.



"ALZAMIENTO"

El arte como expresión histórica, estampa la huella imborrable, con los colores vivos de la palestra, no sólo las costumbres de la época, sino las ideas prevalecientes en las perspectivas artísticas. Y cuando el genio ha creado una nueva visión psíquica, aparece un nuevo estilo de expresión que personaliza una época. Así en arquitectura el estilo gótico o el churrigueresco, y en literatura el romanticismo o el modernismo, estilos que pueden referirse no a las modalidades circunstanciales del ambiente, sino a la manera de concebir y traducir el sentido trascendental de la belleza.

En el afán de interpretar el alma indígena de América, ha aparecido en la pintura, en diversas naciones, una manera de expresión del tipo indígena, y con el propósito de revelar o interpretar el complejo anímico, se ha llegado a la deformación física y espiritual del indio, en pugna con la realidad de la vida y la pasión que anima al grupo aborigen superviviente de la conquista. Se ha tratado de transfigurar en la desnudez de la forma humana grotesca, el alma india y su capacidad como elemento cultural, y así, con la pincelada audaz, describir los caracteres falsamente atribuidos a toda la raza india, y no solamente al esclavo de la gleba, al peón concierto del feudalismo superviviente.

Cuando dijo un cronista de la Colonia que quien conoce a un indio conoce a todos los indios, dijo una falsedad étnica, sociológica y cultural. Porque en América pre-hispá-

nica existían varias culturas aborígenes superpuestas. Y los mayas en México y Centro-América y los incas en el Perú, representaron en el proceso prehistórico de América, los conquistadores que antecieron con pocos siglos, al conquistador español. El indio expresa en América una gama definida de culturas varias y de tipos humanos diferentes. Pretender la síntesis del indio en el esquema pictórico de un solo colorido, de una sola expresión humana, es desconocer la profundidad del contenido racial y espiritual de América, que ha restaurado su propio valor en la pintura mural mexicana de Ribera, de Orozco, de Siqueiros y otros, que han interpretado la humanidad india, y han creado una manera de evocación, un estilo, expresión de la cultura de una raza, basamento eterno de una nueva estructura social revolucionaria.

Admirando la pintura mural de Diego Ribera, en el Palacio de Hernán Cortés en Cuernavaca, se puede comprender la epopeya de la conquista española, paralelamente con la epopeya de la resistencia del indio a esa dominación y conquista, así como de su colaboración en la obra gigantesca de la creación de las nacionalidades indo-hispanicas. Y en la pintura mural del Palacio del Gobierno de la ciudad de México, en la escalera central, aparece la Revolución Mexicana integral, en su etapa que se extiende desde la Guerra de la Independencia, hasta la guerra libertaria; desde Hidalgo y Morelos, hasta Juárez, Madero y Zapata. Y to-

da esta obra grandiosa tiene un solo fundamento: el indio. Y aparece en el escenario histórico pictográfico, no como el tipo degenerado y servil, sino como la expresión humana de la protesta, del dolor y del deber del trabajo proficuo; y también el ademán de rebeldía, en la apoteosis de su contribución a la cultura mexicana. El indio ha recobrado su sitio de dignidad en la Historia de América, por obra del arte de la pintura revolucionaria mexicana.

Y ante el recuerdo de estas grandiosas obras del arte mexicano, se puede recordar que otro género de estilo de interpretación del indio, ha pretendido crear en la pintura ecuatoriana, una modalidad subalterna en la gama artística, presentando al indígena en una sola postura, la del esclavo, idiotizado por el alcohol y degenerado por la desnutrición y el maltrato del amo. Este tipo de indio, que es el peón concierto de las haciendas, no es el tipo de la generalidad indígena, felizmente, y para liberar a este verdadero y único proletario del campesinado, están obrando la acción liberadora del tiempo, la renovación de las leyes, el avance de las reivindicaciones sociales organizadas, y las modalidades de la economía de la producción, que necesita que los brazos para el

trabajo no tengan cadenas si quiere alcanzar prosperidad la agricultura.

Y la expresión máxima de la modalidad pictórica del indio degenerado se la pudo ver en el Pabellón del Ecuador, en la Feria Mundial de Nueva York, en la obra de Camilo Egas, gran artista por múltiples conceptos, pero obstinado en hacer del indio un cartel de difamación de una raza.

En 1940, en la segunda apertura de la Feria de Nueva York, se puso a la espectación del mundo, como única muestra representativa del Ecuador, la pintura gigantesca y grotesca de tres indios, pintura discutible desde el punto de vista artístico por los técnicos, pero indiscutible, como muestra inoportuna del habitante del Ecuador, exhibido ante las miradas del mundo en la deformidad fisiológica y mental de un degenerado. Y como además de la pintura mural de Egas no había sino el comercio de sombreros jipijapa de un Sr. Arcenales, en la Exposición de la Feria de Nueva York, en la que las naciones del mundo habían colmado su escrupulosidad para ofrecer la mejor muestra de su cultura y progreso, el Ecuador fué exhibido en una forma incalificable. Mientras la pintura indigenista de la



"DERECHOS DE SEPULTURA"

concepción de Camilo Egas no trascendió de nuestra "Exposición Aguilera" el asunto no tuvo importancia, pero cuando apareció en el extranjero y en qué oportunidad, la absurda posición en que se colocó al Ecuador, fué algo imperdonable.

Por fortuna, ya en el Ecuador, el arte pictórico indigenista, está descubriendo su propio estilo. Las pinturas murales y los grabados en madera de Kingman, así como los magníficos ensayos de Carlos Rodríguez en su Exposición de pinturas en 1940, y en las xilografías sobre motivos indígenas que tiene hoy en ejecución, anuncian la alborada de una nueva etapa de la pintura de interés social indigenista, que vendrá a ser en nuestro ambiente artístico, lo que en México es la pintura mural de Ribera y Orozco, la expresión genuina del hombre de América y del arte moderno que artísticamente lo ha estilizado.

Concretamente, Rodríguez tiene ya su propia manera de concepción y ejecución artística del tipo indígena. Sus composiciones revelan el dramatismo de la raza, en lineamientos sobrios. Los temas versan sobre los episodios culminantes de la tragedia campesina, en lo político, religioso y social, sin recargo de significado proletario, ni con la deformación física, significativa de las taras ancestrales.

En sus composiciones "ALZAMIENTO" puede admirarse el gesto de la protesta de la comunidad indígena, en su marcha resuelta y digna hacia sus reivindicaciones agrarias; en "REGRESO" se significa la vuelta del indio a su huasipungo, terminada la fiesta del pueblo, que le ha dejado el cansancio y la deuda contraída como saldo de su fe religiosa y su momentánea alegría; en el "MAYORAL", aparece el torso magistral del mestizo, armado del látigo, símbolo de su autoridad, y sosteniendo en la diestra las riendas del mular, que ha de servirle para la ofensa y para la impunidad con la fuga.

En los "DERECHOS DE SEPULTURA" y "PRIMICIA" aparece la figura panzuda del cura, reclamando sus derechos pecuniarios para dar sepultura, y para proveer su despesa. En el fondo, el ambiente del campo y de la iglesia parroquial decoran parsimoniosamente la escena.

El arte de Carlos Rodríguez es sobre todo sincero, como reflejo leal de su alma; y no es una promesa su obra, sin embargo de su juventud, sino que el artista se afirma cada vez con mayor personalidad.

Con la visión panorámica más amplia del mundo artístico, con el estudio de los talle-

INFORMACION INDIGENISTA

(Viene de la pág. 4)

con que anda cubierto. Con frecuencia se puede observar que, hasta los ocho o diez años, el niño indígena no lleva otra prenda de vestido que el mentado camisón, casi despedazado.

¿Qué porvenir se hace el hogar del indio? Con bajísimo salario, pues todavía existen numerosos casos en que ganan dos reales al día, el indio nada puede asegurar para el bienestar de su familia, ni en el alimento, ni en el vestido, ni en la vivienda, ni en la educación. Ningún indio de esas alturas ha conocido los umbrales de la escuela. Ningún indio de esas alturas ha conocido el banco del taller; para él se hicieron el cabestro, el acial, la barra, la pala, el azadón, el arado. Jamás niño indígena de esos medios siniestros conoció un juguete; para él no se hicieron las bolas, los trompos; ni nada que el más infeliz campesino puede disponer en su infancia. El niño indio sabe del sabor de la tierra, del calor de las entrañas de su madre; del calor que el resuello de los animales impregna el aire; sabe de las dolencias que ocasiona la paja hirsuta, de la fatiga que oprime cuando busca el ganado, sabe de la eterna soledad, sabe de que para él no existen otros niños con quienes jugar, con quienes reír, con quienes llorar.

Y no obstante de que el indio de esas alturas es olvidado de la sociedad y de la civilización, de la escuela y de la iglesia, del hospital y de la maternidad; él es el orgullo racial allí en donde nadie puede vivir; él es el único factor de habitabilidad de esas regiones inclementes; él es el único factor de riqueza allí en donde la Naturaleza se muestra, al parecer, con los exóticos atavíos de su suprema indolencia.

Aquiles R. PEREZ,

Miembro de la Sección Educativa del
Instituto Indigenista del Ecuador

res de pintores ya consagrados por la fama, y en los museos de auténtica riqueza pictórica, Carlos Rodríguez realizará su obra con la claridad de su propio genio, ilustrado en amplios escenarios artísticos.

Quito, septiembre de 1944.

P. Jaramillo Alvarado

SOCIOLOGIA INDIGENISTA

(Viene de la pág. 2)

comparación entre ellas, desde un ángulo de consideraciones de más o menos valer. ¿Es una clase mejor que otra, intrínsecamente? ¿Cabe entre ellas la distinción entre altas y bajas que se usa comúnmente? ¿O, por el contrario, cada clase social, sociológicamente explicable, tiene su valor intrínseco, sin que unas sean mejores que otras?

Está por demás que subrayemos la importancia sociológica que tienen las clases sociales. Tampoco podemos desconocer que son formaciones objetivas determinadas y configuradas, de acuerdo con el sistema de economía dominante en una sociedad dada.

Pero, si bien es cierto que, en riguroso análisis, cabe llegar a la suposición del desaparecimiento de las clases, en una sociedad estructurada de conformidad con el tipo de producción socialista, —y exactamente este es el propósito perseguido por la ideología socialista, al cual, sin duda, parece caminar el mundo— también es verdad que, en tanto la sociedad permanezca dividida en clases, éstas tienen una existencia hasta cierto punto independiente y cada cual pesa de un modo decisivo en el conjunto de la colectividad.

En esencia, no hay clases mejores, ni peores, sociológicamente hablando. Todas entrañan el cumplimiento de procesos de relación social, objetivos, que se cumplen con la misma indiferencia con que la tierra gira al rededor del sol.

Lo que sucede es que ciertas clases —precisamente las que se denominan a sí mismas altas (élites, aristocracia, etc.)— tienen en apariencia un mayor valor debido a que el estilo de sus componentes acaba por prevalecer dentro de la sociedad, no por otra razón, en el fondo, que por la mayor capacidad de control de que disponen sobre las demás.

Al fin y al cabo, son estas clases aristocráticas las que acaban por imprimir su sello en la respectiva agrupación humana de la que forman parte; y como por otro lado son ellas las que detentan el poder político, se sirven de éste para acentuar e incrementar su influencia dentro del todo social, cumpliéndose de este modo un juego sociológico muy interesante, cual es el de que el proceso social engendra la forma, y la forma social, a su vez, reobra sobre el proceso.

□

Frente a este cuadro de las clases sociales en que se divide una sociedad y que determinan la posición de clase de un individuo

o grupo de individuos existe ese otro hecho sociológico de la posición social —o, acaso, mejor sociológica— que el individuo ocupa dentro de la sociedad.

La sociedad es una red de relaciones inter-humanas de carácter social y dentro de esta trama cada persona es, a la vez, sujeto y objeto de determinado núcleo de relaciones sociales, ocupando un sitio que ella y sólo ella puede ocuparlo, tanto por su posición de clase, como por su posición social.

Lo general es que entrambas situaciones coincidan, pero no es forzoso, ya que en algún caso, la posición social puede hallarse, o por encima, o por debajo de la posición de clase.

Ya puede comprenderse por lo que acabamos de expresar que la distinción entre una y otra no es solamente teórica, pues que, también se hace palpable en un sinnúmero de hechos y actitudes definidos y concretos. La una es un producto más social que individual; la otra es, según ya dijimos, más el resultado de factores individuales que la configuración determinada por circunstancias sociales. La posición de clase, diríamos, es más objetiva, más independiente de la voluntad del individuo; en cambio, la posición social, o sociológica, es más subjetiva, más sujeta al ritmo de las situaciones producidas y determinadas por la misma personalidad individual.

La posición de clase es, hasta cierto punto fatal, sin ser definitiva, ni excluir las contingencias de las distintas personas humanas; la posición social es, al contrario, la obra del individuo, sin ser tampoco absolutamente independiente de la otra.

Ahora bien, es natural que entre estas dos constelaciones sociológicas, una de ellas, la posición social es más importante que la otra. Tanto que, a veces acaba por subsumir dentro de ella a la posición de clase. En Napoleón Bonaparte vemos el caso típico y característico de cómo la posición social alcanzó a borrar la posición de clase original, habiéndose dado el caso, muy interesante, de un individuo que no sólo ascendió de una clase social a otra, sino que sobrepasó todas las clases y creó su propia clase, la real clase napoleónica, que, al menos por cierto tiempo, prevaleció sobre la misma antigua nobleza francesa.

De todos modos, podemos sentar las siguientes conclusiones:

a) Todo cambio en la posición social acaba por determinar un cambio en la posición de clase.

b) A la inversa, un cambio en la posición de clase determina un cambio en la posición social.

c) Hay un constante ir y venir de gentes entre las clases sociales, anotándose un juego variadísimo de relaciones sociales, que constituyen justamente la prueba de una actividad sociológica también constante, en toda sociedad.

□

En la sociedad ecuatoriana, las clases sociales no tienen los caracteres, ni la consistencia social propios de sus similares de otros pueblos. Todas son embrionarias, confusas, entremezcladas y propensas a negarse a sí mismas. Por otra parte, existe un buen número de individuos que podríamos llamarles sin clase, o, quizá mejor se caracterizan, por su singular disposición a participar de los caracteres de dos clases fronterizas.

Otra vez, y desde otro punto de vista, analizaremos el fenómeno de estos individuos y el panorama de las clases sociales, en general, dentro de la sociedad ecuatoriana.

Por ahora, únicamente queremos circunscribirnos al punto concreto de la posición social del indio, junto a su posición de clase.

La clase, por lo dicho, no tiene mayormente que ver con el criterio de raza, en principio. Pero, sucede que en nuestro país, la raza indígena es la clase indígena, y es la última y más baja clase social de la colectividad nacional. Esto, naturalmente, no es justo y no obedece sino a la influencia de ancestrales e infundados prejuicios que han llegado a convertirse en principios de análisis sociológico, para determinados individuos que pretenden también hacer sociología ecuatoriana.

La posición de clase del indio ecuatoriano está por debajo de la clase obrera y ni siquiera entra en la clasificación de proletario. Es menos que eso, es un auténtico *servus terrae*, constituyendo, objetiva y sociológicamente, una clase social nueva, nueva para las determinaciones de este instante, pero antigua, muy antigua, por su contextura misma, ya que nada menos que una agrupación esclavista es la que forma el indio, fuera o al margen del resto de la sociedad ecuatoriana.

Las clases se fortifican, se definen y se vuelven más consistentes; a medida que se establece la pugna entre ellas y que sus relaciones son más intensas y extensas, cada día. Pero entre el indio y los demás habitantes del Ecuador, las relaciones sociales se reducen a su mínima expresión, y, por otra parte, el indio no lucha, ni real, ni espiritualmente, por lo cual, puede decirse, sin exageración, que, en estricto lenguaje sociológico, el indio no forma parte de la sociedad ecuatoriana, ni de ninguna otra sociedad, a no ser la rudimentaria y estratificada que viene viviendo desde los días de

la Colonia. Y este peligro de que una sociedad tenga dentro de ella, junto a ella, a una agrupación humana, aislada completamente, en cuanto al juego de las relaciones sociales y culturales, no ha sido visto o por lo menos no ha sido estimado en toda su justeza, hasta ahora, creyendo que un pueblo puede marchar perfectamente con sólo que pueda vivir una vida animal.

Pero, debemos advertir con plena conciencia de lo que decimos, que la sociedad ecuatoriana, en tanto mantenga esta situación, no podrá dar un paso más en el camino de su progreso.

Si puede hablarse de una posición de clase del indio —y ya vemos con qué limitaciones—, en cambio la posición social del mismo es nula. Al fin, se puede convenir en que la gran masa indígena ecuatoriana tenga los contornos de una clase; pero es por completo inadmisibles que el indio tenga una posición social dentro del concierto de la vida y de las relaciones sociales de nuestra colectividad.

Si esencialmente la posición social de un individuo es más bien el resultado de su iniciativa y de sus esfuerzos, y si, por otro lado, el indio tal como en la actualidad se encuentra, es incapaz de mantener un constante juego de relaciones con los demás pobladores, ni siquiera con los otros indios, quiere decir que carece de posición social, en el sentido estricto del vocablo.

Posición social significa, al mismo tiempo, recibir y dar influencias, ser sujeto y objeto de recíprocas relaciones sociales, como hemos dejado ya sentado; significa intercomunicación constante y variada de similares o por lo menos afines sentimientos, emociones, ideas, etc.; tener posición social es tener algún valor social dentro de la comunidad, es irradiar algún resplandor en torno de uno mismo. Y el indio nada de esto tiene; de nada es capaz y es exactamente como un astro muerto que girase por el espacio social, desorbitado y sin dar ni recibir luz.

Luego, no tiene posición social, no ejerce papel alguno dentro de la vida social propiamente dicha y apenas cuenta como factor de producción, a la manera de un implemento mecánico.

Es preciso, por consiguiente, comenzar por devolver al indio una posición social, su posición social, tratarlo sociológicamente, para que dentro de nuestro sistema social no se produzca algo que pudiera tener la significación y los alcances de un verdadero cataclismo, cuyo único saldo sería la pérdida definitiva de ruta para el pueblo ecuatoriano.

Humberto GARCIA ORTIZ,

Presidente de la Sección Sociológica del
Instituto Indigenista del Ecuador

OPINIONES DE ACTUALIDAD INDIGENISTA

CHICHISMO Y FIESTAS INDIGENAS

El Instituto Indigenista del Ecuador se halla en estos momentos en estudio de varios trascendentales problemas que se han planteado recientemente acerca de la vida del indio de nuestro país. Hasta que esta entidad exprese su voz oficial, creo de mi deber, en calidad de Secretario Ejecutivo del Instituto y, sobre todo, como representante en el Ecuador del Instituto Indigenista Interamericano, exponer mi personal criterio con relación a dos recursos o medidas que administrativamente se han tomado últimamente para combatir, primero, el espíritu festivo del indio y, luego, su apego a beber la chicha.

Se ha hecho recuerdo a las autoridades la existencia de un Decreto legislativo del año 18, por el que se prohíben las festividades del indio con caracteres que llamaríamos públicos. Los priostazgos, fundaciones y pases de niños, según aquella disposición del Legislador, están prohibidos. El alegato descansa en consideraciones de orden moral y económico: las fiestas del indio son de explotación, de dispendios costosos y, además son causa de embriaguez embrutecedora que necesita impedirse. El indio se emborracha y gasta sus economías, se endeuda, se arruina. El indio es víctima de abusos de toda naturaleza y sus fiestas solamente son fuente de ganancias para terceras personas que lo aprovechan sin misericordia. El indio bebe y se intoxica, sobre todo porque ingiere aguardiente malo y chichas y guarapos de calidades absurdas en su composición. El indio da muestras de salvajismo con su adhesión a la fiesta primitiva y desordenada. El indio provoca náuseas para la gente que lo mira con asco en

su doliente degeneración tradicional. El indio afea el espectáculo de los centros poblados con sus fiestas imposibles. Cuánto se ha dicho y puede seguir diciéndose sobre estos asuntos de la fiesta indígena en el Ecuador!

Nadie puede negar ciertamente los peligros de una escasa cultura social que permita a los hombres emplear sistemas de divertirse nada aceptables dentro de cánones de estética y de ética colectivas. Nadie puede desconocer que el deseo humano debe tender a mejorar las costumbres y hábitos de toda clase de gentes en la armonía integral de cada pueblo. Así mismo, es imposible desconocer la necesidad de elevar el rol de los indios para hacerlos asequibles a una cultura racionalizada y para que su vida no persista como un dolor solitario, como un abandono eterno. Las intenciones de culturizar al indio son buenas intenciones, pero es preciso acertar con los medios para semejante fin. ¿Será solución privar al indio de sus fiestas, de las únicas que él tiene, de las únicas en las que él interviene, sin que se reemplacen los recursos de expansión y de lícito fervor por la fiesta? ¿Cabría prohibir aquello que expresa una manera natural de divertirse del indio, porque no sabe otras maneras, porque no tiene en su medio social otros procedimientos? ¿Dónde está el cine, el teatro, el deporte, algo que supla a su fiesta transida de amarguras aún en la misma hosquedad de sus medios de sentirse alegres estos indios infelices del Ecuador? ¿Qué hay en la soledad de su vivir indígena, qué atractivo guarda su tierra, la lejanía de sus parcialidades, la adustez de su ambiente, la soledad en que vive, como para que compense las energías gastadas en el diario ajeteo de sus faenas campesinas?...

Está probado perfectamente bien que la fiesta, el juego, la diversión son necesidades biológicas y psíquicas para el

hombre. El **homo faber** tiene que acompañarse, en la complejidad de la vida moderna, del **homo ludens**. El hombre tiene que buscar la evasión de su espíritu en perpetuidad de fatigas. Por eso el hombre juega y hace la fiesta. Lo ha hecho siempre en todas las edades de la cultura y en todos los pueblos del mundo. Las bacanales tuvieron su explicación histórica y cultural, si se aprecian los fenómenos humanos a través de consideraciones sociológicas. El circo romano se explica y hasta se justifica en este mismo sentido. De la misma manera se debe hallar explicación para la fiesta del indio. Este es un ser humano en retraso cultural, saldo de las civilizaciones sin culpa para esos hombres a quienes nadie ayudó, ni nadie educó. Aquel hombre hierático y silencioso, de actitudes pétreas, es trabajador incansable. Su fatiga tiene que hallar válvulas de escape, aunque se equivoquen los medios a la luz de la higiene y de la cultura que nosotros poseemos. Nosotros, los blancos o los que pretendemos serlo, valoramos al indio solamente con nuestro índice de medidas, pero no apreciamos lo que es él intrínsecamente. Por eso queremos hacerle culto, pero violentamente, con medidas de fuerza, como si la cultura fuese asunto que se impone y se obliga a aceptarla contra el viejo y profundo arraigo del hábito secular. Por eso hacemos con el indio lo que no podemos hacer con otros hombres: demostrar irrespeto a su persona por cuanto no acudimos a su espíritu para modelarlo mejor y pulirlo de sus asperezas. Las medidas prohibitivas no resultan eficaces jamás, si no se pone en juego otras maneras de reemplazo adecuadas para la vida del indio. Se le prohíben sus fiestas, pero no se podrá prohibir que se arrincone aún más en su soledad y que vuelva a su angustiosa lejanía vital para buscar medios de embriagarse más, a espaldas de la cultura que para él está vedada. Se lo obligará a que busque el licor suyo, la chicha que siempre hizo el indio desde la penumbra de la historia que conocemos. El indio mismo hará sus bebidas y sus tóxicos para poner

horas de bruma intencional en su alma humilde y dura. El indio ha de fabricar su chicha, lo que pueda hacer en su casa, y ha de aliarse con el contrabando para seguir bebiendo. Y sus fiestas seguirán malas, pésimas, terribles, demoníacas, absurdas. Pero en cambio, diremos qué le hemos culturizado por la prohibición de presentar en público, en los centros poblados, su fiesta de salvajes...

Se une completamente el afán festivo, que está prohibido, con el afán alcohólico que se lo ha prohibido a medias, impidiendo que permanezcan esos pecados contra la higiene y la salud que se llaman las chicherías. Tampoco parece este el mejor remedio. Porque lo natural habría sido que se prohiba todo expendio de licor y que se extienda la prohibición a todas las clases sociales, aunque el Fisco caiga en flaquezas imposibles. Lo natural habría sido, además, obligar al control sanitario de las chichas a fin de que no se las suplante con venenos. La chicha de maíz fué bebida indígena siempre y sigue siéndolo en todas partes de América indígena. En Colombia no más, hace algunos años, se pretendió abolir las chichas en algunos Departamentos. Pero en Colombia se advirtió muy pronto la ineficacia de estas prohibiciones. ¿Creeremos que en el Ecuador ha de conseguirse olvidar la bebida de chichas y que solamente ha de tomarse cervezas y kolas para aplacar estéticamente la sed de los hombres?...

En México se han hecho notables estudios acerca de estos problemas y, es claro, no se han podido impedir las bebidas fermentadas. Al pulque no se puede declararlo ingrato y si se lo declara, el pulque vence necesariamente. Pero los estudios demuestran que los indios que saben alimentarse mejor, que se alimentan en efecto, beben menos. A mayor y mejor nutrición corresponde generalmente menor hábito alcohólico. ¿No será digno de estudiarse semejante problema en el Ecuador para averiguar si esta correlación entre el alimento y la bebida fermentada existe y en qué proporciones existe?

ESTUDIOS INDIGENISTAS

(Viene de la pág. 6)

gar. La choza se ocupa pero acaso no se habita!...

La casa del indio hecha para la permanencia definitiva, por ejemplo, la que se edifica en suelo propio, en la parcela que le corresponde, esa es la única que merecería cimentarse, hacerse sobre cimientos. Y en efecto a esto se tiende. La casa pajiza cede campo en muchas partes a la casa de teja, de pared de adobe o alzada sobre tapias de mayor firmeza. Y si bien esto implica comodidad o amplitud en sus dueños, es un hecho que la economía es base de sustentación o estabilidad de la vida humana. La casa mejor, la que ofrece relativamente comodidad y holgura, esa debe ser el tipo necesario como habitación indígena en el país, lo cual comporta, como anhelo general, que cada familia necesita poseer un mínimo de posibilidades económicas que le permita la propiedad del suelo y la propiedad del hogar. Casa estable, ya no la choza transitoria, fugaz, como la erranza móvil del indio sin arraigos, sin raíces, sin apegos de firmeza. Casa, no solamente la tornadiza exigüidad de la choza desvalida hasta en su presencia física. Casa, no apenas el almacén que sostiene un techo de paja paramera, que amenaza volar con los vientos o hundirse con el tiempo.

El acondicionamiento del hogar en calidades de cierta elevación, esto es asunto que viene después. Es claro que el indio no se acostumbra a que bruscamente se le ponga un lecho mullido, calefacción, baño caliente, etc. Pero la comodidad es cosa que se la admite, se la acepta poco a poco, habi-

¿No cabrá que se investigue el hecho muy presumible de que el indio bebe y bebe más, porque requiere de tónicos para su organismo e incluso para su incipiente psiquismo? ¿El indio no hace beber la chicha a sus hijos porque está convencido que hasta es alimento?

En todo caso, estimo que las medidas actuales son necesariamente incompletas. Son medidas de buena intención, pero truncas medidas. Y me temo que al final, en el Ecuador, tengamos que admitir la imposibilidad de semejantes remedios y su ineficacia más completa. Lo cual ha de atribuirse nuevamente al peso penoso del indio que llevamos en el país, que lo tenemos dentro como una carga que molesta!...

V. Gabriel GARCES

tuándose a ella, lo cual significa cultura. ¿Dónde se ha ensayado esta paulatina manera de mejorar la vivienda del indio en el Ecuador? ¿Cuándo se ha intentado tal cosa?

La vivienda es parte de la vida del hombre. Debe haber una correlación entre la calidad dignificada de una vida, entre la jerarquía que al hombre le corresponde, entre la posición del ser inteligente y su vivienda. La cueva del hombre primitivo, esa arisca manera de buscar refugio en la oquedad de las rocas o entre la tierra socavada adrede para abrir un refugio; la tentativa de hogar—jaula levantada en los árboles para huir de las fieras salvajes; la habitación lacustre, sobre arrimos de madera que emergen de las aguas; la afirmación de la casa en realidades de convivencia o vecindad, mediante la admisión de conglomerados de habitaciones, todo ello representa justamente los distintos matices de la existencia del hombre a través de las culturas. La choza es una movediza posición de cultura sin consistencias para el indio americano y ecuatoriano por lo mismo. La choza denota una edad pobre, infeliz en la valoración de esas vidas inermes y desoladas. Y naturalmente el concepto que otorguemos a la posición del indio, cuanto menos favorable resulte, tanta mayor será la culpa, no del indio, sino de los pueblos envanecidos de blancura racial y de civilizaciones en el aire. Es posible manifestar que la vivienda supone la modalidad precisa por la cual se conoce al individuo en sus merecimientos humanos: porque el hogar es responsabilidad inteligente, conciencia de un vivir correcto, apego de cariños y sentimientos que enaltecen el espíritu. Hogar es la vivienda, sí, pero sutilizada o sublimada en afectos familiares. Hogar es, no el palacio lujoso, pero sí una vivienda que ofrezca calor e intimidad y hasta ternura. El indio no cuenta sino con la choza inapta para provocar apegos. La choza mezquina es negación de abrigo por antonomasia, puesto que no lo tiene aún en su sentido propio. Con todo, el indio ama a la choza desmedrada, aunque le representa precariedad, insubstantialidad, falta de permanencia, ya que solamente es soportable para la noche de indispensable descanso. De día, la choza se la ve más yerma, más infeliz, más parecida miméticamente a la tierra parda con que se amasaron sus bahareques. Solamente la casa, la que modela una arquitectura empírica pero más resuelta, esa es la que ofrece incentivos de estabilidad al indio.

Pero la casa suya, su dominio, su propiedad plena. No la que se alza en tierra prestada o arrendada u ofrecida en caridad de huasipungo...

Tal sería, a grandes líneas, la filosofía de la choza del indio ecuatoriano!...

V. Gabriel GARCES

INFORMACION INDIGENISTA INTERNACIONAL

Reproducimos a continuación el substancial editorial del Boletín del Instituto Indigenista Interamericano, de México, correspondiente al mes de junio del presente año. Su autor es el Dr. Manuel Gamio, Director del Instituto.

Dice así:

Hace dos años, cuando el Eje todavía proclamaba conquistas, fui gentilmente invitado por el Sr. Presidente de la República a participar en la celebración del Día del Indio que organizó el Gobierno Mexicano. En el mensaje que en representación del Instituto Indigenista Interamericano tuve el honor de dirigir a los pueblos del Continente, se señalaba el sombrío destino que cabría a la población autóctona de América si triunfaban las armas totalitarias y con ellas la bárbara política racista.

Hoy, que sin pecar de engañoso optimismo, puede predecirse que la victoria de las democracias está más o menos próxima, pero ya asegurada, es oportuno y necesario pugnar porque la opinión pública Continental adopte el firme propósito de que, después de la guerra, cambien de modo sensiblemente favorable y realista, las difíciles y paupérrimas condiciones en que vegetan las masas aborígenes; y esto no sólo para saldar la deuda que con ellas tienen los pueblos americanos, sino también con el fin de eludir el caos que la psicología de la postguerra puede traer consigo si continúan reinando tan intolerables condiciones.

La más pura fuente de la americanidad, el más vigoroso nexo que liga a los hombres de este Continente con el suelo en que viven es el indígena que alienta desde Alaska hasta Patagonia. Si América no hubiera estado habitada por los hombres que la descubrieron miles de años antes de Colón, la evolución de los colorizadores europeos habría sido mucho más lenta y difícil.

Los indios exploraron por primera vez el Nuevo Mundo, conocían los accidentes geográficos de todas sus regiones, identificaron y aprovecharon la fauna y la flora y aún ciertos minerales, todo lo cual bautizaron con palabras de idiomas autóctonos que aún sobreviven. Cultivaban productos agrícola-

las que más tarde contribuirían en parte importantísima al sustento de todos los pueblos como maíz, cacao, tomate, papa y otros que sería largo enumerar e hicieron conocer medicinas insubstituibles como la quinina y plantas de uso tan universal como el tabaco; crearon arquitecturas suntuosas y arrancaron de la tierra raudales de oro que desde el siglo XVI fueron a vivificar los viejos mercados de ultramar. Eso además de altos valores abstractos aportaron los habitantes prehispánicos de América a la civilización humana.

Los treinta millones de indios que cuando menos existen hoy en el Continente son no sólo la raigambre y la esencia del más tradicional y legítimo panamericanismo, sino que también constituyen la palanca fundamental del trabajo y de la producción en muchos de los países americanos. ¿Qué se ha concedido en realidad a los grupos indígenas a cambio de las inapreciables aportaciones que nos legaron sus antecesores? Cierta mejoría efectiva a algunos; casi nada a la mayor parte de ellos.

Es cierto que durante y después del período colonial han sido formuladas legislaciones de tendencias benéficas para los indios; lo es también que en estos últimos tiempos ha surgido intenso movimiento a favor de los aborígenes, el cual culminó en el Primer Congreso Indigenista Interamericano efectuado en Pátzcuaro, México, en 1940, dando origen al Instituto Indigenista Interamericano y a los Institutos Indigenistas Nacionales que se han ido constituyendo de acuerdo con la Convención Internacional respectiva debiéndose agregar a la acción de éstos, la de instituciones particulares como el Indian Council Fire of Canada, Grupo "Amerindia" de Argentina, y otras. Asimismo es un hecho positivo que los gobiernos se preocupan hoy mucho más que antes, de tan trascendental cuestión, valiéndose para ello de múltiples e importantes agencias, como los Departamentos de Asuntos Indígenas de Bolivia y México; la Oficina de Asuntos Indígenas de los Estados Unidos, la Procuraduría Gratuita de Indígenas del Perú, el Conselho y el Serviço de Protecção aos Índios del Brasil, etc. Sin embargo, insistimos en que, no obstante eso, exceptuando ciertos casos particulares, las

grandes mayorías indígenas del Continente siguen existiendo en condiciones de miseria y de inferioridad material e intelectual que son odiosa afrenta para la humanidad. Quizá deba atribuirse a tal situación que casi todos los pueblos de América a pesar de la actitud de sus gobiernos y de sus instituciones indigenistas, no pueden tener conciencia de carácter trascendental ni de la incommensurable magnitud del problema aborigen y desconocen la urgencia que hay en resolverlo, hasta que se les convenza de que no habrá una paz verdaderamente orgánica ni un bienestar integral en el suelo americano, mientras que treinta o más millones de habitantes hacen papel de parias, protestan de continuo y están potencialmente dispuestos a toda rebelión; hay que proceder precisamente como cuando hubo que hacer comprender a esos pueblos que la guerra de Europa era nuestra guerra y había por lo tanto que tomar parte directa en ella.

No creemos que ese despertar de todas las gentes de América pueda consumarse mientras dure el conflicto que hoy aflige al mundo y requiere tantas energías y esfuerzos, ni menos que rinda frutos inmediatos. Pero, hay que hacer comprender desde luego que cuando se alcance la victoria, es preciso continuar en pie de guerra, es necesario seguir conservando bien templados los resortes de la voluntad, del entusiasmo y del sacrificio, a fin de luchar ya no contra enemigos exteriores, sino contra los no menos amenazadores que tenemos en casa y son la miseria y el abandono a que está relegada la población autóctona. La extraordinariamente elevada producción agrícola e industrial, los progresos mecánicos, los adelantos en medicina y, en general todo aquello que en resumen requiere las extraordinarias inversiones actuales de cientos de miles de millones de dólares, deberán cuando esté bien cimentada la paz, seguir dedicándose en considerable proporción a aprovisionar y rehabilitar a los hambrientos y evolutivamente retrasados grupos sociales de que está formada la población indígena. Algunos de los países que han contribuido con mayor esfuerzo y más elementos para la guerra, tienen una corta minoría indígena, pero como los otros, están directamente interesados en que en la América de post-guerra, reinen paz y bienestar ilimitado en vez de que se vea presa de las inminentes revoluciones y otros trastornos sociales que, como ya dijimos, frecuentemente se originan en el malestar de las grandes masas indígenas.

Hay que preparar y encauzar activamente esa futura campaña explicando y difundiendo por cuantos medios sea posible, los aspectos del problema indígena que requie-

VIAJE DEL DIRECTOR DEL INSTITUTO INDIGENISTA DEL ECUADOR

Invitado por el Gobierno de los Estados Unidos, marcha a aquel país el Dr. Pío Jaramillo Alvarado, Director del Instituto Indigenista nacional y alta figura del pensamiento y cultura de nuestro país.

Su viaje, no obstante la ausencia que para los que laboramos junto a él nos perjudica, ha de ser en extremo beneficioso así para la persona del Dr. Jaramillo Alvarado como para el prestigio ecuatoriano que cuenta entre sus mejores hombres de la cultura y de la acción justamente al Dr. Jaramillo.

Para el Instituto Indigenista del Ecuador le es honroso que su Director lleve su representación ante los institutos culturales de los Estados Unidos.

Auguramos el mejor éxito para el distinguido viajero, que mostrará el valer del Ecuador en el gran país del Norte.

V. G. G.

ren más urgente atención así como la naturaleza de las medidas adecuadas para resolverlo. Es conveniente también que se reconsidere y vuelva a difundir ampliamente lo que gobiernos, instituciones e individuos han publicado sobre esta materia en tiempos recientes que es cuando ha sido considerada con mayor interés y amplitud.

La cátedra, la tribuna, la prensa, el libro, las iglesias, las asociaciones profesionalistas, obreras y campesinas, los partidos políticos y otras entidades de análoga significación, deben empeñarse en esa cruzada de redención y justicia que hará de América un Continente privilegiado, donde ya no serán tan pocos los grupos que viven una existencia propiamente humana ni tantos los parias que sólo vegetan.

En nombre del Instituto Indigenista Interamericano acompaño a estos conceptos un mensaje de respetuosa consideración a los pueblos del Continente y hago fervientes votos porque el próximo día del Indio sea alumbrado por el brillante sol de la Victoria.